

PASADO Y FUTURO DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

por HECTOR P. AGOSTI

1. ¿Estamos en lo mismo?

A casi treinta años del gesto inicial de la reforma universitaria ha llegado la oportunidad de preguntar si estamos en lo mismo que en 1918. Esta interrogación me la formulé en 1936, en la encuesta de **Flecha**, blandida por la mano certera de Deodoro Roca. Entonces el interrogatorio tenía para mí respuestas inequívocas, en un tono de certidumbre rebosante de jactancia juvenil. Ahora ya no me atrevo a esa jactancia ni a esa certidumbre.

¿Estamos nuevamente en lo mismo? ¿Otra vez nos hallamos en trance de hacer la **revolución universitaria** y de enarbolar idénticos lemas que en 1918? El examen superficial de la cuestión pareciera indicar que estamos en lo mismo. Los principios de la Reforma, en efecto, nunca estuvieron más ausentes que ahora de la Universidad, cuya degradación moral se sintetiza en ciertas obsequiosidades conyugales que al sólo recordarlas nos encienden de rubor el rostro. ¿Quiero significar con esto, entonces, que estamos aparejados a nuestros ilustres camaradas de 1918? El problema es a mi juicio distinto, porque pienso que ahora ha llegado el instante de otorgar conciencia válida a la **revolución universitaria**; esto es: convertir en *praxis* las anticipaciones teóricas de 1918.

Esas anticipaciones teóricas de 1918 iluminaron el nacimiento de una nueva conciencia social en América. En esta ciudad se pronunció una frase: "Borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de mayo." Pareció una simple frase declamatoria cargada de acentos románticos, y yo mismo debo culparme de haberla alguna vez disminuído irreflexiva-

mente. Ahora vemos, sin embargo, que la frase encerraba la adivinación de una revolución frustrada, la clave en cuyo desarrollo coherente acaso podamos encontrar alguna explicación para las actuales necesidades argentinas. ¿Puedo decir que esa revolución frustrada fue también la ilusión de una revolución “desde arriba”? (1). En los momentos de aparición del movimiento reformista estaba anuncíándose el comienzo de una crisis estructural de la sociedad argentina. Parecía encaminarse lentamente el país hacia la revolución sin sangre fomentada por la ley Sáenz Peña. El semblante de las ciudades y de los campos había mudado como consecuencia del proceso inmigratorio: en 1869 la población urbana representaba el 35 por ciento del total de habitantes, en 1914 elevábase al 58 por ciento; la rural, en cambio, descendía del 65 al 42 por ciento en las mismas fechas. Radicada de preferencia en las provincias mesopotámicas, por cuyas tierras corren los ferrocarriles, el 10.5 por ciento de esa población dedicábbase a tareas relativas a la agricultura y la ganadería, y el 16.7 por ciento a la industria y artes manuales. La acumulación de inmigrantes en la Mesopotamia coincide con el paso de una rudimentaria economía pastoril a una economía agropecuaria. Y mientras aparecen en el campo algunos elementos del capitalismo rural, asoman entre los estertores de la crisis cíclica los primeros atisbos de una industria liviana. La resultante humana de esta transformación es el surgimiento de las llamadas “clases medias”, constituidas principalmente por los inmigrantes enriquecidos en la faena agrícola y por los inmigrantes dedicados al comercio pequeño y mediano de los centros urbanos. Dichas clases medias, despreciadas hasta entonces en los planes electorales, comienzan a adquirir jerarquía desde la promulgación de la ley Sáenz Peña. El partido radical vendrá a recoger el caudal desbordante de sus aptencias; la reforma universitaria vendrá a exteriorizar su conciencia dramática de la crisis. A partir de entonces los apellidos de los inmigrantes entremezcláronse con los apellidos tradicionales, y el viejo parlamento patrício no tardó en ser conmovido por la savia popular que le inyectaban los representantes radicales y socialistas. Las clases medias —cuyos hijos harían la “revolución universitaria” parecía como

(1) Esta tesis, que aquí presento en su resumen esquemático, puede encontrarla desarrollada el lector en mi libro *Ingenieros, ciudadano de la juventud* (Ed. Futuro, Buenos Aires, 1947), especialmente en el capítulo VIII.

que realmente fueran a transformar el país cuando el radicalismo ascendió al poder en 1916. Bien pronto echóse de ver, sin embargo, que lo que pudo ser una revolución “desde arriba” no pasaba de una limpieza burocrática. Los grandes problemas argentinos permanecían sin resolverse, aunque resultara prometedor este advenimiento de muchos sectores de la clase media al manejo de la cosa pública y este desmedro de la influencia hasta entonces todopoderosa del Jockey Club en la decisión de los pleitos políticos.

El drama argentino de 1918 puede representarse como el antípodo de la frustrada revolución “desde arriba”. No podría negarse que los gobiernos radicales realizaron una extensión del fundamento social de la democracia argentina. Pero aunque el Jockey Club ya no discernía en apariencia los honores políticos, seguía gravitando poderosamente en la vida argentina porque la revolución “desde arriba” había tenido buen cuidado de no herirlo en los intereses de sus terratenientes. Y por otra parte, aquella industria incipiente fraguada entre los desconciertos de la primera guerra mundial, no encontraba ni el impulso ni el clima convenientes para fundamentar una auténtica redención económica en este país sometido a la alta finanza imperialista. ¿De qué servía entonces la apariencia de esplendor de la nueva burguesía de origen inmigratorio si las resistencias sociales del latifundismo oligárquico y retardatario permanecían inalteradas? La llamarada de la revolución rusa no hizo más que iluminar la desazón argentina, y la insurrección universitaria de Córdoba constituyó la culminación y el testimonio de ese drama. La presencia de aquellas flamantes condiciones materiales, ¿qué otra cosa significaba sino la irrupción de una nueva ideología nacional, tal como Ingenieros se anticipaba a advertirlo dos años antes en su **Universidad del porvenir**? Cuando el diputado Justo, en sus interpellaciones famosas sobre los sucesos cordobeses, probó que en la Universidad de Trejo todavía se estudiaba teológicamente cuál era “el asiento del alma en el cuerpo”, en realidad estaba exhibiendo al desnudo una vieja ideología colonial y monástica que se empeñaba en persistir frente a la nueva imagen del país.

El drama argentino de 1918 encuentra en la Reforma universitaria su exteriorización más coherente y definitiva. Cuando los estudiantes de Córdoba impiden la elección mañosa de un rector de sacristía y se apoderan de la Universidad, acontece

que intentan cumplir en los hechos esa revolución “desde arriba”, aguardada por las clases medias con acongojada paciencia. Nunca como ese 15 de junio de 1918 parecieron encontrarse más al alcance de las manos argentinas los principios de la revolución ‘democrática’ enunciados por Mariano Moreno. “Hombres de una república libre acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica... Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos; las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”. Así hablan, “a los hombres libres de Sur América”, los insurrectos de la Córdoba teológica y medieval. Y no se equivocan demasiado. Ni se equivocan tampoco los señorones de la reacción que concitan para contenerla todos los poderes de Dios.

2. La dicotomía histórica y las ideas argentinas.

La generación del 18 reseña el nacimiento de esta nueva conciencia social. Viene a anunciar de manera patética otro síntoma de esa dicotomía que rige el desarrollo de las ideas políticas argentinas. La presencia de dicho drama histórico lo define por vez primera la generación echeverriana de 1837. Ese drama queda señalado por la negación contrarrevolucionaria de los ideales de mayo, contrapuesta a su sucesivo ensanchamiento revolucionario en la concepción de los ideólogos y en la conciencia del pueblo. La Reforma universitaria, si bien se mira, no es en su origien otra cosa que un nuevo ensanchamiento de la teoría revolucionaria.

Cada vez que una generación argentina replantea el tema de Mayo en calidad de exégesis de la revolución democrática, no se limita a hacerlo como simple veneración de cadáveres ilustres sino como una acomodación del programa inaugural a las inéditas situaciones de la sociedad. Recordar, en efecto, no es plagiar, sino recomponer las viejas imágenes mediante la incorporación de nuevas vivencias, y si en 1837 esa recomposición del “tempo” democrático se realiza en las vecindades del utopismo socialista, y si en 1918 se verifica en las corrientes del antíperialismo, ¿qué lugar deberemos asignar a esta nueva recomposición doctrinaria en las condiciones argentinas de 1947? Porque el drama argentino, en definitiva, es el de una

revolución democrática que se escapa de las manos populares cada vez que parece estar al alcance de esas mismas manos populares; es el drama de una democracia de apariencias exteriores en la cual resultan las masas sistemáticamente excluidas de la función pública consciente y responsable. Desde el 53 al 90 esas masas quedan relegadas a ínfimos guarismos de votantes manejados por los caudillos. Desde 1890 hasta 1912 esas masas reclaman una participación efectiva en los destinos del país. En 1916 esas masas parecen haber realizado una revolución incruenta con el advenimiento del primer gobierno radical. El movimiento de reforma universitaria es la culminación del estado de conciencia de estas masas, ambiciosas de que la **apariencia** de democracia se transforme en un **contenido** de democracia. Si examinamos desde este ángulo el tumultuoso acceso de las masas a la política argentina de estos días, acaso consigamos los primeros atisbos explicativos para esta realidad nuéstra tan confusamente contradictoria.

Pienso que la Reforma constituyó en su surgimiento el punto nodal de esa transformación de la conciencia de las masas, algo así como la zona de ruptura del equilibrio social que necesita reconstituirse sobre nuevas bases y prodigarse en nuevas estructuras. Dicho proceso transformador está evidentemente acelerado por el alud inmigratorio y por la necesaria modificación de las formas económicas del país que le es subsiguiente. Alejandro Korn dijo que entre fines del siglo XIX y comienzos del nuéstro el ambiente hispano-criollo resultó “transformado por el sudor y el esperma del gringo”, y eso plantea simultáneamente un tema de cultura y un tema de política. La Reforma universitaria es una insurgencia de esa condición social renovada, y aunque se proclame como “revolución americana” viene a surgir en el país que es culturalmente el más europeo y el menos americano entre todos los de América, no obstante compartir raigalmente las dolencias de todos ellos. Pero políticamente este movimiento es testimonio vital y clamoroso de la insurgencia de esas clases medias de origen inmigratorio que encuentran en el radicalismo su más adecuado instrumento de expresión.

A semejante proceso transformador alguien acaba de nombrarlo “la victoria del cocoliche”, es decir: del inmigrante que habla mal el castellano. No es que atribuya demasiada importancia al autor del calificativo, pero se me ocurre que trasunta

el ánimo de ciertos círculos conservadores ante la evolución del país: es en definitiva el “patriciado” que se resiste a morir, como se resistía a desaparecer de la Universidad de 1918. Dicho patriciado realizó también su contrarrevolución de Mayo; sería injusticia tremenda y grande desatino suponer que es circunstancia flamante la agresión contra los próceres revolucionarios. En las manipulaciones de ese patriciado resultó el episodio de Mayo mero recurso oratorio para la apoteosis oficial, y el despliegue sistemático de nuestro pensamiento fundamental encontró en tales pompas ficticias una deformación de sus posibilidades ideológicas y una frustración de su desarrollo sociológico. Pero esa dicotomía del pensamiento político argentino alcanza en este instante su dramatismo más ceñido. Si en el 18 se habló de “borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo”, ¿qué podremos decir ahora que semejante contrarrevolución encuentra el respaldo parlamentario de un orador y una votación oficialistas? Otra vez tiene una generación argentina el mandato de una nueva educación histórica de los ideales de Mayo; esto es: de los ideales de una revolución democrática profunda. La crisis argentina resulta, por estas razones, una crisis de transformación definitiva cuyo tono principal está dado por la puesta en movimiento de las masas. Hacia dónde puedan marchar esas masas es problema que corresponde determinar a los partidos políticos responsables. Pero pienso que esta puesta en movimiento de las masas puede constituir el fermento de una transformación ponderable en la conciencia nacional. Denuncia por de pronto el sentimiento indudable de una crisis ideológica nacional, crisis total a la que ninguna actividad resulta ajena. A causa de esta naturaleza de generalidad la crisis envuelve también a la Universidad, y ello obliga a mirar más de cerca los necesarios ajustes de la reforma educacional argentina para ponerla a tono con la evolución del país.

3. Algunos planteos previos

Si descubrimos que la preocupación por la reforma educacional aparece cada vez que una gran crisis política envuelve a un país, acaso ello nos esté poniendo sobre la pista de algunos de los forzados planteos previos que a esta altura se nos presentan imperiosamente.

a) Cambios sociales y cambios pedagógicos.—Toda reforma educacional tiene un sentido **político**. La reforma educacional la hacen siempre los políticos, aunque siempre sueñen también los pedagogos con su dominio y dirección. Los pedagogos proporcionan las ideas y los procedimientos técnicos; pero son los políticos quienes, mal o bien, llevan esas ideas a su realización concreta. Porque la escuela depende más del aire público que del aire pedagógico, y cuando se tropieza con una alteración de ese aire público, señalada por las crisis políticas, forzosamente se enrarece el aire pedagógico y hay que buscar en las reformas el oxígeno necesario para restablecerlo.

b) La unidad de la educación: instrucción y educación. Toda reforma educacional, además, necesita ser total; porque la educación, concebida como educación del ciudadano, es un todo fluyente, armónico, continuo, y también variable a causa de las circunstancias del medio; es decir: constituye un fenómeno histórico, un acontecimiento del hombre concebido como ser social.

Adviertan que hablo de **educación** y no solamente de **instrucción**. Acaso el defecto principal de la escuela argentina haya sido su predominio de **instrucción**, en el sentido del conocimiento de nociones y de oficios, en desmedro de la **educación**, que en toda tentativa pedagógica es inseparable de la formación del espíritu de la ciudadanía para la vida nacional.

Dicho sentido unitario del proceso educativo condena la parcialización de las soluciones; mucho más si tales soluciones limitadas sólo tienen en vista las cúspides descuidando las bases. Parcializar la reforma educacional en la cúspide —donde es cierto que los males se acrecientan en razón directa a la superioridad del escenario que los recoge— equivale a una monstruosidad antihistórica y a una desviación de las direcciones presumibles de la crisis. En este sentido debe reconocerse al llamado **plan quinquenal de gobierno** la unidad de criterio con que intenta la reforma de los tres ciclos educativos, bien que dicha unidad represente pedagógica y políticamente el intento más regresivo lanzado sobre la educación argentina. (No es de aquí el examen circunstanciado del **plan**, pero cabe decir que el intento que califico de regresivo no lo es solamente desde el punto de vista de las técnicas para el gobierno de la educación, sino también desde el punto de vista de la ideología cultural y, sobre todo, por el predominio del concepto bárbaro

de la profesionalización especializada que agrava y lleva a su extrema consecuencia los males actuales de nuestra pedagogía superior).

c) **El ideal educativo.**—Si la crisis educacional se enlaza con la crisis política hasta producir tan notorios trastornos en la orientación del proceso escolar, ¿no estará indicándonos dicho suceso que también afrontamos la crisis del ideal educativo? Efectivamente: esto supone que el ideal educativo en sí mismo entra en crisis. Pero ¿qué es el ideal educativo? Cabe suponer que en una democracia el ideal educativo esté constituido por el mínimo de nociones indispensables para la formación del ciudadano al servicio de la sociedad. Si así lo miramos, resulta evidente que estamos afrontando una crisis del ideal educativo argentino.

El proceso de crisis política, cuya manifestación de orden cultural advertimos en la crisis educacional, viene a iluminarse en esta crisis del ideal educativo, y no es por casualidad entonces que mientras los planos oficiales intentan la reordenación escolar sobre la base de un ideal educativo de raíz hispanista y teológica, estemos descubriendo simultáneamente la necesidad de someter a examen algunos principios que teníamos por inamovibles. Parece fuera de duda que no puede bastarnos ya, para los fines argentinos de 1947, ese cauto positivismo que fue sustancia de nuestra escuela pública. Su ruptura desconcertada se nos ofrece como signo distintivo de esta crisis; pero en lugar de ser integrado aquel ideal educativo con sentido de superación revolucionaria, vemos que está volviéndose melancólicamente hacia el pasado colonial. Y es que no hemos acertado, desde Sarmiento hasta nuestros días, a configurar un ideal educativo argentino coherente y sistematizado. Pienso que hay que mirar otra vez hacia Sarmiento en este instante tremendo de nuestra crisis educacional.

¿Qué precisamos en 1947? Precisamos una escuela beligerante en los términos que la quería la generación del 37, y no una escuela prescindente en los términos en que la estructuró la que Alejandro Korn llamara nuestra **tercera generación positivista**. Debemos retornar a ese ideal educativo de índole político-nacional que Sarmiento agitó por vez primera. Dicho ideal ha de transformarse en punto de ajuste de la reforma educacional. Necesitamos una escuela **política** para la formación **política** del ciudadano en la unidad del ciclo educativo.

Política quiere decir en este caso formación responsable del ciudadano, lo cual equivale a robustecer la conciencia civil de las masas para los deberes que le competen en el gobierno de una democracia estable. ¿Qué política debe inspirar este ideal educativo argentino? No puede ser otra que la revolucionaria democrática, tal como la formuló la generación echeverriana y tal como la transmite con validez presente hasta nuestros días. Se trata de enseñar el saber, en el sentido estricto en que esto supone asimilación de conocimientos; pero se trata sobre todo de enseñar el saber en el sentido de obrar, en cuanto esto significa liberar la cultura del egoísmo de la profesión y extenderla en provecho de la transformación social. Cuando el ideal educativo se tuerce hay que atinar a enderezarlo con bruscos golpes de política. Esa es la teoría que Sarmiento acertó a fundar en realizaciones prácticas, y en este instante de grave inquietud cultural bueno es volver los ojos al sanjuanino genial para repensar sus planteos educacionales.

4. Qué fue la Reforma, qué hizo la Reforma

Por haber proclamado este ideal educativo, la Reforma universitaria desnudó en 1918 el sentido de la crisis argentina, que era una crisis social-política, y por lo tanto también educacional. “Borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de mayo” equivalía a definir un programa político, pero significaba también el enunciado de un ideal pedagógico: la colonia debía ser borrada de la sociedad política, mas los tristes ecos de la colonia igualmente era preciso extirparlos del método educacional. Pero en esta problemática pedagógica que el manifiesto inaugural permite discernir resultó harto absorbente el tema universitario, y casi siempre apareció desencajado del ciclo educacional concebido como totalidad armónica. Ello permite comprender muchas ilusiones reformistas, inclusive esa mitologización de la Reforma que alcanza expresiones tan desatinadas en los ideólogos que sólo la percibieron con aquel menguado carácter de revolución didáctica.

Conviene destacar a esta altura que el principal valor de la Reforma consiste en haber descubierto la íntima relación entre los problemas de la cultura y de la sociedad. “Las universidades —dice el manifiesto de la federación universitaria de Córdoba, el 15 de junio de 1918— han llegado a ser así fiel

reflejo de estas sociedades decadentes... Por eso es que la ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático... Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocritzar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria". Esa conciencia de la crisis profunda —esa **periodicidad revolucionaria**— alude a la Reforma como un proceso vivo de sucesivos engrandecimientos, capaz de transformar en vivencias sociales su teoría de acción. Así lo sostuve en las jornadas reformistas de Córdoba, en 1938, y dije entonces que la integración sistemática del pensamiento reformista respondía a la necesidad nacional de promover una conciencia cultural. Porque en 1918 esta explosión de la Reforma planteó un tema de cultura y un tema de política: el de la democracia antioligárquica en el gobierno universitario. En 1905 el primer impulso de la democracia universitaria pretendía que los profesores pudieran llegar al gobierno de los claustros, hasta entonces en manos de académicos inamovibles. En 1918 se lanza a la calle esta idea que parecía abusiva: los estudiantes tienen derecho al gobierno de la Universidad. Es en definitiva la lucha de clases que también aquí se manifiesta (1).

Testimonio de una coincidencia crítica político-pedagógica, la Reforma traduce: 1º, el nacimiento de una nueva conciencia social; 2º, la aparición de nuevas formaciones sociales a las que da el radicalismo una expresión política; 3º, parejamente la necesidad de satisfacer las nuevas apetencias técnicas suscitadas por el desarrollo de la producción y que la universidad prerreformista era incapaz de servir. La Reforma se nos presenta entonces como un episodio de la transformación de la sociedad argentina en el cuadro de la revolución **desde arriba**, aunque en este caso la revolución venga empujada **desde abajo** por la insurgencia de las masas pequeñoburguesas. No es el caso de reiterar aquí la crónica del movimiento reformista. Dicha crónica muestra que la Reforma antes que como realización ha persistido como impulso renovador, porque ha lanzado

(1) Esta tesis la he sostenido y explicado en mi *Crítica de la Reforma Universitaria* ("Cursos y Conferencias", Buenos Aires, 1933). Si algunos desarrollos debiera ahora enmendarlos, ninguna corrección creo necesario introducir en el análisis fundamental del tema.

los principios primordiales cuya vigencia reclamamos todavía: la autonomía universitaria, la gratuitad de la enseñanza, el gobierno de la Universidad por sus tres estados componentes, la docencia libre y la extensión universitaria en calidad de servicio social. Es un programa político-pedagógico de vastas proyecciones; pero resulta imperioso afirmar que, a pesar de ello, la Reforma no alcanzó a ver en su última raíz el conflicto cultura-sociedad. Sus lemas iniciales —justicia social, anti-imperialismo— los piensa más como un choque de **generaciones históricas** que como una pugna de organizaciones sociales de naturaleza más compleja: sólo ve ese tema de las generaciones donde había en realidad una colisión de clases y el anticipo de una crisis de estructura que está tocando fondo treinta años después.

La teoría de la **Nueva Generación Americana** fue la ilusión política de la Reforma, su sistematización más razonada en los dominios de la acción. El ideal preciso de esa **Nueva Generación** lo definieron Julio V. González en sus proyecciones políticas y Carlos Cossío en sus aplicaciones pedagógicas. Pero entre ellos y en torno a ellos, ¿cuántos otros lemas seductores no resplandecieron al sol de la **revolución universitaria**? Esas enseñas —lo anotó Aníbal Ponce— “lo mismo podían servir a un liberalismo discreto que a una derecha complaciente”, y cuando en 1923, pasado el primer hervor, se separan las tendencias de derecha e izquierda que iban a tratar de prevalecer en el desarrollo futuro, bien pronto se advierte que el movimiento reformista de derecha sólo quería hacer de la Reforma un aparato de transformación didáctica en tanto el movimiento de izquierda pretendía utilizarla como instrumento de la liberación nacional. Dividida ya entonces, ¿dónde está en la actual crisis de América la Nueva Generación entendida como **generación histórica**, esto es: como conjunto homogéneo de intereses e ideales comunes? “Al aproximarse el año 1948 —escribía Julio V. González en sus **Reflexiones de un argentino de la Nueva Generación**— la generación del XVIII habrá muerto, por más vivos que podamos estar los que la formamos”. Esta muerte de la generación del 18 no significaba la muerte paralela de sus ideales políticos, sino al contrario su plena vigencia por el instrumento de otra generación sociológica. Pero la historia mostró que a partir del gran tajo regresivo de 1930 esos ideales de la Reforma resultan expulsados de la Universidad y de la

sociedad, y su posible implantación antes que como tema de generaciones aparece como una asociación de intereses concretos que trascienden el medio estrictamente universitario. En el 18 se percibió que el interés del estudiante, en tanto que expresión de las clases medias, podía acompañarse con el interés del proletariado; en el 30 esa verdad la descubrimos más dramáticamente. Dijimos entonces que la militancia en las izquierdas de la lucha universitaria no era concebible sin una militancia análoga en las izquierdas de la lucha político-social, con lo cual se pretendía significar que el atraso de la Universidad era apenas una condensación del atrasado desarrollo de la sociedad argentina. Y en esos días escribió Deodoro Roca una frase que puede quedar como síntesis de este nuevo pensamiento reformista: "el puro universitario es una monstruosidad".

5. Otros planteos previos

Ahora vemos que en esta nueva crisis argentina el pueblo vuelve la espalda a la Universidad. Comprendo el drama singular que esto significa para tantos reformistas —hablo de reformistas auténticos, no de los viejos antirreformistas simulados en reformistas de última entrega—, y hasta me explico su desaliento y su desesperanza; me los explico como caso psicológico, aunque no los justifique como caso político. Es la interrogación de comienzo que vuelve a presentarse: ¿estamos en lo mismo? Y aquí llegamos a otro planteo, previo a las soluciones, que nos ciñe a todos en un puntual examen de conciencia.

¿Qué hicimos los universitarios en la Universidad, qué fuimos a hacer en la Universidad? La Reforma pareció creer en una posible solución estrictamente universitaria de los problemas argentinos: si esto era una monstruosidad **pedagógica**, porque insistía en considerar el proceso educativo como ciclos desconectados entre sí, resultaba además una mayor monstruosidad **política**, puesto que suponía la redención social del país graciosamente dispensada por la inteligencia universitaria. ¿Y el pueblo entretanto? ¿Qué hizo la Universidad para el adiestramiento civil del pueblo? Suscitemos honradamente el interrogante: si lo hacemos con limpia sinceridad habremos de advertir que la interrogación alude principalmente al divorcio

entre la inteligencia y el pueblo. No se me oculta que hay signos subjetivos de este divorcio en el sentimiento de aristocracia que priva en la inteligencia argentina; pero no se me oculta que este divorcio también proviene de tiránicas causas objetivas. Si reparamos en dichas causas —que, a mi modo de ver, quedan explicitadas por la desigualdad entre la encumbrada calidad de las minorías y el deplorable promedio cultural de las masas— podremos descubrir que otra vez nos llevan al tópico apremiante de la reforma educacional, pero también podemos descubrir que esa reforma, para ser válida, exige desplazar los motivos de orden social-económico que impiden el acceso de las masas a la cultura.

Retomo las palabras de hace un instante: ahora vemos que en esta nueva crisis argentina el pueblo vuelve la espalda a la Universidad. Y de nuevo enfrentamos aquella imagen del divorcio, porque —digámoslo claramente— a la insensibilidad de los gobiernos universitarios para el adiestramiento civil del pueblo debe adicionarse también la actitud de los estudiantes. ¿Qué fueron a hacer los estudiantes —qué fuimos a hacer todos— en la Universidad? Llamemos a las cosas por su nombre: fuimos a buscar una carrera, a procurarnos una ocupación menos dura que los impropiamente llamados **oficios manuales**. Fuimos aprendiendo así el egoísmo de la profesión, hundiéndonos en la rutina bárbara de la especialización sin horizontes. Bien es cierto que mientras la Universidad siga siendo exclusivamente distribuidora de las patentes oficiales de profesión, allí habrá que ir a buscarlas; bien es cierto también que no son los estudiantes los responsables primeros del estado de esta Universidad cada vez menos **universitas**. Pero digamos con franqueza que los estudiantes fueron relegando aquel reclamo inicial de **cultura** lanzado por la Reforma universitaria para ir quedando sin mayores forcejeos en las redes mezquinas de la **profesión**. Podríamos decir que la **mezquindad** no es aquí adjetiva, sino muy sustantiva, porque alude a esa desmedrada enseñanza de las **profesiones liberales** que se proporciona en las universidades argentinas. Pero aun así, este empinamiento de la **profesión** por sobre la **cultura** aparece como la más flagrante deserción de la Universidad. “Si la profesión aísla, la cultura debe aproximar a los hombres entre sí”, escribía Paul Langevin, y agregaba: “La cultura (en el sentido de cultura humana, no en el estrechamente clásico, sino en cuanto concierne

a la totalidad del hombre) es para el individuo un modo de mantenerse humano a despecho de los automatismos del oficio y de las coerciones sociales". Nuestra universidad no fue por ello un instrumento de cultura, sino un invernáculo de profesionales mutilados en el egoísmo de la profesión. Y el aislamiento de la profesión —este aislamiento que constituye la herejía antisocial de la Universidad— trae aparejado inevitablemente, como la sombra que sigue al cuerpo, el privilegio de la profesión.

No nos engañemos: la Universidad sigue siendo aún campo cedido a la frequentación de minorías. Ajena al adiestramiento civil del pueblo —a quien entregó, en el mejor de los casos, las migajas de la **extensión universitaria**—, ¿puede asombrarnos que el pueblo vuelva la espalda a una institución que se mostró inapta para su necesidad? Yo no presumo que esta desviación del pueblo se haya producido por tan encumbradas razones normativas; sé muy bien qué recursos de demagogia social han sido movilizados para fomentarla. Pero si meditamos en la recoleta censura de nosotros mismos este examen de conciencia, fácil nos será advertir las dimensiones de nuestra propia responsabilidad en la crisis. No lanzo acusaciones ni parto a la pesquisa de los culpables. Todos —absolutamente todos— tenemos algún achaque en esta crisis general de la conciencia argentina. Pero ahora no se trata de señalar sus culpables, sino de averiguar sus remedios.

6. Las dos reformas: sociedad y universidad

No nos hagamos ilusiones: la Universidad sigue siendo un refugio de minorías, no **a causa** sino **a pesar** de la Reforma universitaria. Y admitamos que el enemigo ha tomado nuestras banderas: ha tomado de prestado nuestras críticas al carácter de **clase** de la Universidad para cohonestar en la educación argentina planes de tremenda regresión que van desde lo ideológico hasta lo técnico. El ideal de nuestra Reforma consistió en obtener la gratuitad de la enseñanza, el gobierno de los tres estados universitarios, la docencia libre y la extensión popular como servicio social de la Universidad. Trascendida al dominio de la ordenación pedagógica, la Reforma aspiró a plasmar con criterio moderno el concepto clásico de la **universitas**, para que la Universidad dejara de ser una simple productora de títulos

y se transformara en un instrumento de cultura profunda. No cuesta esfuerzo descubrir que este ideal político-pedagógico prescribe la urgencia de poner la Universidad argentina en el siglo XX; esto es, adecuarla a las necesidades reales del país y colocarla a la altura de la ciencia contemporánea. El peligro que parece cernirse sobre la Universidad argentina —íntimamente sometida al Estado en las estipulaciones del **plan quinquenal**— es el de su transformación en una escuela politécnica. Desde luego que para ello no hay que forzar mucho la mano: basta con acentuar el proceso de separación de las facultades particulares que es característica tan arduamente combatida por la Reforma. Pero lo que hasta ahora se procuró disimular en la apariencia intenta vestírselo con las pompas de la suprema innovación revolucionaria, y vendremos a tener que la Universidad, ahora más que antes, será una fábrica de diplomas, y que sus graduados saldrán de las aulas más o menos habilitados para las profesiones particulares, pero en absoluto desprovistos de esa visión universal de la cultura, sin la cual no se concibe la existencia cabal de la Universidad. Para ellos, pues, seguirá valiendo la sarcástica advertencia de Sarmiento: “los títulos no acortan las orejas”...

La Universidad marcha así para atrás en dosis crecientes de abyección moral, de desarreglo pedagógico y de inepcia docente. Pero aun así, ¿puede decirse que quede la Universidad abierta al pueblo? Al llegar a este punto, y al proferir para aquella interrogación una respuesta negativa, entramos decididamente en la zona neurálgica de la crisis.

La reforma universitaria —y en términos más generales la reforma educacional— ¿es simplemente un problema universitario, o requiere pareja o previamente la reforma de la sociedad? En 1936 la encuesta propiciada por el período **Flecha** pareció dar a semejante inquisición un sentido afirmativo. “Aparte del espectáculo grotesco que ofrece la Universidad merced a su penuria y falsificación —escribió Deodoro Roca sintetizando el interrogatorio—, hoy se sabe que no habrá verdaderamente reforma mientras no se reforme profundamente la estructura del Estado.” En el caso argentino —y por qué no en el caso de toda América? Esto equivale a resolver hacia adelante esa crisis que remueve la condición económico-social del país. Es el “estamos en lo mismo” de la duda inicial que vuelve a presentársenos. Pero eso mismo acontece ahora en

un mundo que comienza a ensayar una nueva forma de democracia económica; es decir, en un mundo donde cada vez más se procura que las apariencias de la democracia política se hagan verdad en la sustancia de la democracia económica.

Y vemos así cómo el ocaso de la Universidad se nos ofrece paradójicamente como la posibilidad de renacimiento de la Universidad, porque la salvación de la Universidad —de la **universitas**— como entidad de cultura nacional sólo resulta previsible en dicho rumbo. La miopía de la especialización es circunstancia típica del capitalismo estandarizado, donde el ser como valor de cultura queda reducido al ser como posibilidad de existencia. En dicho proceso de aniquilamiento de la Universidad clásica irrumpió pavorosamente la Universidad argentina; se introdujo con las agravantes de alevosía y nocturnidad, sin haberse concebido entre nosotros los episodios históricos que en otras latitudes pudieron explicarlo. Salvo excepciones, nunca se constituyó como el cuerpo de una cultura nacional coherente, y entramos así en el eclipse general del régimen universitario sin que la Universidad haya alcanzado a cubrir aquel principalísimo servicio social.

7. La reforma cultural como tema del ajuste democrático.

Quiere decir entonces que la Universidad, concebida como totalidad de cultura, sólo puede resurgir en la medida que se haga entidad de la cultura nacional y deje de ser —como lo propugnó en 1930 el manifiesto de la federación universitaria argentina— “un quiste exótico dentro del pueblo que trabaja y se agita”.

Ser instrumento de cultura significa servir radicalmente al medio; pero esta cultura nacional reconoce para nosotros una doble vertiente tradicional: equivale por un lado a resistir los intentos de proscripción xenófoba del pensamiento avanzado, y exige por el otro que la indagación de nuestras peculiares autoctonías no nos haga sucumbir a los encandilamientos de un indoamericanismo que se supone desgajado del tema universal de la cultura.

La Universidad, sin embargo, ya hemos visto que no es suceso aislado, y así mirada, en su condición culminante de un proceso de cultura, reclama la **reforma cultural** como punto de arranque del necesario ajuste democrático argentino. Esta re-

forma cultural debe mirar al hombre y al país, y ampliar bajo tales circunstancias las bases de la educación colectiva. Y aquí se nos anuncia un tópico, que es el de las relaciones entre la técnica y la cultura. Cuando hemos reprochado a la Universidad argentina por su exceso de profesionalismo, no hemos censurado en verdad la función de enseñanza técnica que le compete. Por el contrario, pienso que una de las frustraciones de la Universidad argentina en el proceso constituyente de una cultura nacional consiste en no haber servido al desarrollo técnico del país y en no haber realizado la investigación técnica en las profesiones particulares con la responsabilidad y precisión a que estaba obligada. Pero entendamos que esta relación entre técnica y cultura es el equilibrio indispensable para que el ciudadano se encamine hacia la práctica simultánea del pensar y el obrar desde la escuela primaria. Eso significa una educación que tenga en vista al hombre y al país. Mirar al hombre, entonces: hacer del hombre el ciudadano de una democracia, con conciencia vital de su energía creadora; y mirar al país, también: hacer del país una democracia orgánica, políticamente libre y económicamente independiente de las tutorías extranjeras. Y así nos tropezamos, en condiciones renovadas —en condiciones acrecentadas por el acceso de las masas a la vida política— con los lemas iniciales de la Reforma universitaria: “justicia social” de un lado, “antperialismo” por el otro, los mismos lemas que otros abusan en la vecindad falangista.

La puesta en movimiento de las masas es el signo de la condición renovada y puede ser el gesto inaugural de una transformación profunda de la sociedad argentina. Si el aire pedagógico depende del aire público, síguese la necesidad de modificar íntimamente ese aire público para que el aire pedagógico pueda quedar revitalizado. ¿Iremos hacia el logro de aquella revolución democrática que se nos desvaneció de entre las manos tantas veces a lo largo de nuestra historia? Pienso que habremos de llegar a esa revolución democrática si logramos que la vida pública argentina pueda superar la etapa que va de la demagogia social a la política social de base científica.

Vivimos una época de retrogradación cultural hacia la Colonia, que no es sino una consecuencia de la retrogradación de orden político que vive el país; por eso necesitamos urgentemente nuestra reconstitución cultural “para borrar el recuerdo

de los contrarrevolucionarios de Mayo”, otra vez emboscados en el dogma confesional. Pienso que en este camino el proyecto de bases de la federación universitaria argentina pudo servir —puede servir, puesto que todo está por hacerse todavía— como fundamento de una universidad reformista. Pero debemos tener conciencia de que el problema es más vasto y que no podríamos encerrarlo en la ilusión de una reforma parcial sin riesgo de alterar ante nosotros mismos sus cabales dimensiones.

En este rumbo complejo, la extensión de la escolaridad obligatoria y de los medios de tornarla posible, es reclamo fundamental de toda reforma escolar, porque dicho plan doctrinal supone definir las condiciones modificatorias del proceso social. ¿De qué valdría establecer aquella extensión escolar si al mismo tiempo no se establecieran las condiciones materiales que a todos permitieran aprovecharla? “El buen salario, la comida abundante, el bien vestir y la libertad ilimitada, educan a un adulto más que la escuela al niño”, escribió Sarmiento, por lo cual cabe reconocer las firmísimas bases sociales de esa “ilusión educacional” que alguna vez supo reprochársele. No, no es una ilusión, sino el planteo de la educación como política fundamental, según también lo sostuvo Sarmiento en sus polémicas famosas. Sarmiento echó las bases de esa transformación cultural argentina, y lo que entonces pudo parecer el juicio desmedido de quien perseguía una quimera, ahora vemos que se constituye en uno de los puntos básicos para toda reparación de la conciencia nacional.

8. La hora de las grandes empresas, o una generación destinada.

Creo que están feneciendo en el país las viejas formaciones tradicionales y que estamos acercándonos progresivamente al climax de la crisis. La Universidad preséntase así como un motivo más en la gran crisis total. Creo, por tanto, que el futuro de la Reforma universitaria ha de depender sobremanera de su capacidad para adecuarse a las nuevas circunstancias del mundo que ya han quedado aludidas precedentemente.

En semejantes condiciones aparece entonces la reforma universitaria como una parcialización de la reforma social. Esto lo anticipó la generación del 18; esto alcanzó a marcarlo la generación del 30 en el punto inicial de la crisis que ahora nos conmueve; esto tiene que llevarlo a resultados efectivos la ge-

neración del 43. Hace pocas semanas preguntaba Roberto F. Giusti qué quieren los jóvenes argentinos. No es una interrogación caprichosa. El ha percibido entre los jóvenes una angustia difusa acerca del porvenir inmediato. Saber que ya no se podrá vivir como hasta ahora se vivía es sin duda motivo que remueve en sus adentros a jóvenes y viejos. Los jóvenes, en plena formación, sienten con más dureza el choque tremendo; pero dicho sentimiento no es exclusivo de los jóvenes universitarios: engloba integralmente a una promoción argentina, porque este acceso tumultuoso de las masas a la vida política acaso ofrezca el rasgo característico de presentarse como una andanza de muchachos. Sin que ello signifique recaer en el viejo mito de las generaciones, creo sin embargo que la actual tiene posibilidades creadoras en este país gerontocrático siempre cerrado al esfuerzo de los jóvenes. Porque ese ha sido nuestro drama histórico. Todos nosotros, como Juan Cristóbal, a tientas y por nuestros propios medios debimos buscar el camino. En horas decisivas carecimos del impulso primitivo de un maestro, y nuestras negaciones rotundas, injustas muchas veces, fueron siempre necesarias y germinadoras precisamente a causa de esa ausencia. Cuando una generación enfrenta instantes críticos le es preciso someter a duro examen el pasado. No teman los jóvenes incurrir en injusticia cuando acometan sus apremiantes revisiones: toda injusticia puede corregirse; en cambio, la pasividad no admite enmienda.

Esa mirada crítica enfocada hacia el pasado necesitan los jóvenes argentinos para poder atisbar las grandes perspectivas de su futuro. Ya hemos visto que en el país está ocurriendo **algo**, y en ese algo, que es el despertar de las grandes masas, debe computarse como episodio significativo la muerte de la indiferencia política. Esas masas argentinas, puestas en movimiento, constituyen la condición forzosa para cerrar el hiato entre la apariencia constitucional democrática del 53 y nuestra atrasada realidad político-social. Los problemas de la cultura —y los universitarios consiguientemente son ajenos a dicha mutación raigal. Sólo en estas circunstancias puede lograr la Universidad argentina su plena integración. Sus deformaciones de antes se las impuso la oligarquía latifundista; sus deformaciones de ahora intenta imponérselas una neo-oligarquía industrial. Para remediarlas nos urge una síntesis democrática del proceso educativo, pero este remedio, a su turno, no puede

venir sino de la síntesis revolucionaria del problema argentino. Esa es la conclusión que necesitamos meditar más largamente.

Si la generación del 43 no tuvo maestros, padeció en cambio una experiencia histórica excepcional. Dicha experiencia entrega una lección fundamental: no volver al pasado; mirar siempre hacia adelante, aunque ese mirar hacia adelante pueda en ocasiones resultar riesgoso. Este mirar hacia adelante presupone la adecuación del pensamiento de Mayo —del pensamiento fundador— a las necesidades de una transformación profunda de la sociedad argentina, hostigada aún por rémoras feudales que la deprimen. Unicamente en ese cuadro podríamos incluir el esquema de una reforma universitaria total, presentida como la culminación de la imprescindible reforma educacional argentina.

Buenos Aires, octubre de 1947.